

HIJOS DEL EXILIO Y DE LA EMIGRACIÓN: LA SEGUNDA GENERACIÓN COMO PROBLEMA*

Pablo Aguirre Herráinz**

Recibido: 4 Julio 2014 / Revisado: 5 Septiembre 2014 / Aceptado: 22 Octubre 2014

1. INTRODUCCIÓN

La Guerra Civil española, así como una Dictadura inusitadamente larga, preñaron el siglo XX de traumas y exilios que todavía hoy son objeto de estudio y debate. De estudio porque no todos se han dado a conocer todavía, y de debate porque estas experiencias y vivencias no sólo hicieron de albacea de tradiciones políticas contrapuestas, sino que, al salir a la luz, también se convirtieron en contendientes de una “guerra de memoria” más o menos encendida¹. Si a esto le sumamos el hecho de que otras memorias conflictivas y experiencias dolorosas –y estoy pensando en la epopeya migratoria española– hicieron su aparición en el contexto de la dificultosa, aunque persistente, eclosión memorística post-transicional; y que durante todo este tiempo la institución que podría haber suministrado un marco adecuado para la eclosión de una verdadera memoria compartida prefirió trazar sus propias políticas de recuerdo y silencio², la ecuación resultante adquiere una complejidad descomunal.

Las incógnitas de esta ecuación deben ordenarse, empero, antes de poder despejarse, para que así la memoria social de la Guerra Civil y del franquismo no se difumine en la imprecisión cronológica en la que el testigo suele caer, y con él el historiador. De ahí que la investigación sobre cómo se construye y transmite siga teniendo plena actualidad, y de ahí que las estratigrafías generacionales que se han propuesto –como la que ofrece la idea de “posmemoria” o la más amplia noción de “segunda generación”– deban ser incorporadas, o cuanto menos contempladas, en los nuevos trabajos que se realicen desde cualquier campo disciplinar que trate el binomio historia-memoria, o que se pregunte sobre las coordenadas del recuerdo en un pasado que, a día de hoy, parece que no termina de pasar.

En esta línea, la presente comunicación se ha tomado como una oportunidad personal para realizar un balance sobre el papel que juegan estos conceptos señalados dentro del conjunto de materiales y reflexiones que hasta el momento he construido en torno al estudio del retorno desde

* El presente artículo es fruto de su participación en X Coloquio Internacional Tradición y Modernidad en el Mundo Iberoamericano, celebrado en la Universidad de Cádiz en septiembre del año 2014, donde fue discutido en el curso del simposio titulado «Nuevas construcciones de la memoria: generaciones, mediaciones y representaciones». Su participación en aquel fue posible gracias al soporte ofrecido por el grupo de investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación, «La memoria de la Guerra Civil durante la Transición a la democracia», ya concluido.

** Universidad de Zaragoza. E-mail: paguirre@unizar.es.

¹ Puesto que este concepto es puramente francés, entiéndase que lo incorporo aquí como una licencia personal. Blanchard, Pascal y Veyrat-Masson, Isabelle, “Les guerres de mémoires : un objet d'étude ?”, *Tracés. Revue des Sciences humaines*, 9 (2009), 42-52.

² Lo que Jordi Ibañez denomina “la economía pública del recuerdo y del olvido en este país” (pág. 71). La mención a una “memoria compartida” también es suya. En cuanto a la institución aludida, es claramente el Estado en su conjunto. Ibañez Fanés, Jordi, *Antígona y el duelo. Una reflexión moral sobre la memoria histórica*. Barcelona, Tusquets Editores, 2009, 15-64.

el exilio y la emigración. Dentro de estos márgenes la idea de segunda generación no siempre se hace explícita, pero su importancia es omnipresente, tanto si partimos de un concepto más abierto de la misma –asociando a quien sale de España siendo un niño al mismo grupo de los nacidos fuera del país– como si no³. Además, la segunda generación, como es ley de vida, eclosiona en todos los escenarios posibles, y así tenemos por un lado la segunda generación del exilio europeo y sudamericano –especialmente afincada en Francia y México, respectivamente–; también existe la segunda generación de los vencidos y de los vencedores, dentro de la propia España, así como los nacidos de la emigración de preguerra y posguerra. Aún más, de entre quienes no conocieron la guerra, habiéndose socializado en el franquismo y rehuyendo de él –muchas veces exiliándose–, surge una especie de cesura generacional de importancia que debiera hacerse extensible a esos casos mencionados más arriba, los de los niños de la guerra⁴.

La segunda generación, especialmente para el exiliado y el emigrante, es la que ha de recoger el testigo de sus luchas respectivas, luchas que como también defenderé en estas páginas no siempre estuvieron tan distanciadas. Entonces, en la medida en que esas segundas generaciones asumieran o no esa herencia, o más bien, según el grado de asunción que se hiciera de la misma, se pudo producir un mayor o menor conflicto generacional entre padres e hijos, por lo general relacionado con la posibilidad de retornar a la patria. Un conflicto esperable y comprensible, es cierto, pero a mi juicio muy poco explorado desde la historiografía que yo he podido trabajar sobre temas de exilio o emigración española, lo que choca un poco con la evidencia de que desde los años setenta se venía ya

estudiando el problema de la segunda generación. ¿Pero qué se estudiaba y por qué? ¿Quiénes lo estudiaban y qué preguntas hacían? ¿Cómo se ha estudiado en los últimos años? A estas y otras preguntas vamos a tratar de dar respuesta.

2. LA SEGUNDA GENERACIÓN EN EL EXILIO

Si hubo algo que acompañó a las miles de biografías de los hijos e hijas que nacieron entre las filas del llamado exilio republicano, ese algo fue la idea de España. Una idea muy variada y que el tiempo hizo maleable, pero una idea ante todo mitificada, porque lo más habitual era que los padres y madres vencidos en la guerra centrasen su discurso, en los casos en que hablasen⁵, más en la idea de victoria postrera que en el relato del propio horror, del que por otra parte los exiliados eran testigos limitados –al igual que cualquier otra víctima–. Esto no quiere decir que se negase a los niños un cuadro completo, aunque simplificado, sobre lo que había supuesto la Guerra de España: la interpretación de sus causas, la señalización de sus responsables, la crónica de su heroísmo y, muy importante, la transmisión de la memoria familiar sobre los caídos propios; pero es razonable pensar que durante muchos años el convencimiento en la justicia y triunfo de la causa republicana hizo que la segunda generación más temprana escuchase hablar sobre todo del futuro inmediato y no tanto del pasado⁶.

Y esto en los casos en los que el exilio permitió poner tierra de por medio con la barbarie, pues en el caso de Francia no siempre fue así, y muchos exiliados, entre 1939 y 1945, sufrirían de nuevo la persecución y el terror, cuando no la deportación y la muerte de nuevos seres queridos; experiencias todas

³ Alguno de los primeros trabajos sobre el exilio de 1939 fueron de lo más restrictivos a este respecto:

Un lugar aparte merecen aquellos niños de padres españoles que nacieron ya en el exilio; bajo ningún concepto éstos entran en nuestra historia. Primero, porque no se sienten españoles, sino naturales de los distintos países en que han nacido y vivido; segundo, porque su cultura y su integración social pertenece a dichos países y no al a historia española (*El exilio español de 1939*. Volumen 1: Vicente Llorens. *La emigración republicana de 1939*. Madrid, Taurus, 1976, 15).

⁴ Vid: Devillard, Marie José, *Españoles en Rusia y rusos en España. Las ambivalencias de los vínculos sociales*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2006.

⁵ El silencio u olvido terapéutico jugó aquí un papel destacable. Vid: Ramos de Viesca, M^a Blanca y Viesca Treviño, Carlo: “La guerra civil en el inconsciente del exiliado. Una visión psiquiátrica y fenomenológica”, en A. Girona y M^a F. Mancebo (eds.), *El exilio valenciano en América*. Valencia, Servei de Publicacions Universitat de València, 1995, 181-194.

⁶ Un libro que sintetiza muy bien el proceso de desilusión del exilio republicano, sobre todo en ultramar, en: López Sánchez, José María, *Los refugios de la derrota. El exilio científico e intelectual republicano de 1939*. Madrid, CSIC, 2013, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2013, 202-247.

ellas que creo es acertado imbricar dentro de la segunda generación y en relación al planteamiento que hace Marianne Hirsch sobre el alcance del concepto de posmemoria⁷, o a la construcción social de la memoria postraumática a la que alude Reyes Mate⁸.

Una segunda generación exiliada que también ha recibido una atención relevante y que se significó en mayor o menor medida durante el largo franquismo fue la del exilio literario. Generación que, como han planteado especialistas de la talla de Manuel Aznar Soler o Francisco Caudet, supo adaptarse con cierto éxito a las condiciones de desarraigo y aislamiento que por ejemplo se ensañaron en muchos casos con sus padres, quienes ni consideraban que su público predilecto les prestara atención –España–, ni atención prestaban siempre a sus lectores más próximos –la propia comunidad americana⁹–. Probablemente la adaptación en este caso, en contraposición al caso de los emigrados que trataré después, no dependió tanto del hecho de ser miembro de la primera o segunda generación, sino de la manera de ser de cada uno y las propias expectativas profesionales. En cualquier hecho, sí es cierto que los exiliados más jóvenes parecieron compartir la idea de que su edad más lozana contribuyó a su mejor aclimatación, como reconocen diversos testimonios¹⁰.

Las diferencias generacionales en el exilio mexicano fueron señaladas y analizadas por la investigadora Patricia Fagen en la temprana fecha de 1975. En el magnífico capítulo titulado “los transterrados y España”, la autora argumenta que los integrantes de la segunda generación española en México desarrollaron una relación de atracción-saturación con respecto a la idea de España y al discurso paterno¹¹. Ellos, que habían tenido siempre a España como el referente ideal de la tierra perdida –“los abruman con abundancia de conversaciones nostálgicas”, dice Fagen¹²–, observaban cómo los años pasan sin reconquista alguna de la patria prometida. Sus propios padres, quejumbrosos y senescentes, parecen haber renunciado de facto al retorno, ya que no de palabra; y en algunos casos sienten que pende sobre ellos una especie de obligación no pronunciada, la del retorno, y en consecuencia puede suceder que se rebelen¹³.

Esta idea de que era la segunda generación la que tenía que “cerrar el círculo” de la historia vital iniciada por sus progenitores es una constante en las páginas que aquí trabajamos, aunque es cierto que la he encontrado más en las lecturas que he realizado sobre entrevistas a emigrantes retornados¹⁴. La historia oral es posiblemente la que mejor puede rastrear estas contradicciones y conflictos que gene-

⁷ En tanto que hijos de supervivientes de dos guerras mundiales y de la represión que suponen:

That descendants of survivors [...] of massive traumatic events connect so deeply to the previous generation's remembrances of the past that they need to call that connection memory and thus that, in certain extreme circumstances, memory can be transmitted to those who were not actually there to live an event (“The Generation of Postmemory”, *Poetics Today*, 29 (2008), 105-106).

⁸ “La posmemoria”, *Con-ciencia social: anuario de didáctica de la geografía, la historia y la ciencias sociales*, 15 (2011), 119-132.

⁹ Caudet, Francisco, *El exilio republicano de 1939*. Madrid, Cátedra, 2005; y Aznar Soler, Manuel, *El exilio de 1939 y “la segunda generación”*. Barcelona, grupo Gexel, 2011.

¹⁰ Uno de ellos lo proporciona el irunés Carlos Blanco Aguinaga, exiliado a los diez años de edad: [...] formamos un grupo sin sitio en la historia de la literatura: no pertenecemos ni a la española ni a la mexicana. De ahí que se haya dicho de nosotros que somos una generación *nepantla*, palabra náhuatl que significa «en medio»: ni estamos en el mundo de los uno, ni en el de los otros (Introducción a Durán, Manuel, *Diario de un aprendiz de filósofo*. Sevilla, Renacimiento, 2007, 9).

¹¹ *Transterrados y ciudadanos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1975, 152-170.

¹² Fagen, Patricia, *Transterrados*, op. cit. 162.

¹³ Tampoco se trata de ofrecer una imagen de conflicto extendida entre toda la comunidad de exiliados. Aznar Soler, de hecho, afirma en uno de sus artículos: “No existió por lo tanto, guerra generacional en el exilio, porque la segunda generación se caracteriza por no haberse planteado en absoluto el ir “*contra* nuestros mayores”. “La historia de las literaturas del exilio republicano español de 1939: problemas teóricos y metodológicos”, *Migraciones y Exilios*, 3 (2002), 15.

¹⁴ Este conflicto intergeneracional lo ha estudiado Laura Oso Casas, quien demuestra en sus entrevistas que existe entre los miembros de la segunda generación “la responsabilidad de que tienen algo por hacer para devolver todo lo que sus padres les han dado. Una responsabilidad inconsciente ante la cual algunos se rebelen: ¿por qué siento esta especie de obligación por volver?”. Oso Casas, Laura, “Volver a nacer: el retorno de los hijos de la emigración española en Francia”, en Liñares Giraut, X. Amancio (Coord.), *Hijos y nietos de la emigración española. Las generaciones del retorno*. Vigo, Grupo España Exterior, 2009, 141-162.

ra la transmisión de una memoria nostálgica intergeneracional –transmisión más fuerte en las filas del exilio, por ser habitual su mayor implicación emocional–, pero en este sentido tampoco es fácil localizar corpus completos de testimonios que puedan prospectarse bajo tal criterio de búsqueda¹⁵. Más fácil es ilustrar esta cuestión a la luz de los trabajos que ya han trabajado con el testimonio de estas personas, como pueden ser para las obras de Alicia Alted o de Josefina Cuesta Bustillo¹⁶.

A través de su lectura se hace patente la naturaleza peregrina de un exilio que se convenció a sí mismo de que su estadía en Francia era temporal, y que, como en el caso mexicano, preparó a su prole para su reinserción en una España republicana. Por supuesto, todo esto se hizo desde la proximidad geográfica al país anhelado, de modo que, sobre todo a partir de los años cincuenta y hasta la Transición, se fue abriendo la posibilidad de visitar la tierra amada, aunque con reservas, claro está –muchos exiliados, empero, jamás volverían mientras Franco siguiera respirando–. Como ocurrirá en el caso de los emigrados, que sí se sirvieron más de estos traslados vacacionales, la experiencia contribuirá a dibujar en los hijos una imagen distorsionada de España, pues no era ya semejante a la que recordaban sus padres, pero tampoco sería semejante a aquella que encontrarían los pocos que, efectivamente, tratasen de regresar en el futuro¹⁷.

Esto era así por una sencilla razón: la vuelta al país siempre estuvo condicionada por las posibilidades de reinsertarse laboral y familiarmente en aquel. Que esto era complicado lo recuerda el caso de los españoles repatriados de la URSS entre 1956 y 1957. Gran parte de ellos, mal informados por sus cercanos sobre la situación laboral del país, regresaban para caer en el desempleo y para encontrar frialdad en padres y hermanos. El conflicto, disparado por las suspicacias, las distintas costumbres y las estrecheces económicas, hicieron que muchos desearan dar media vuelta¹⁸. Claro que el caso soviético fue muy particular, puesto que aquí la ruptura entre la primera y la segunda generación llevaba el sello impreso por veinte años de ausencia.

En Francia, por lo pronto, las comunidades de exiliados trataron de criar a sus descendientes dentro de un entorno controlado, lo que de nuevo repetirían los emigrados económicos pocas décadas después de ellos. Por entorno controlado podemos entender los límites de la colonia expatriada o, a lo sumo, de la comunidad étnica –pues ya había un importante número de emigrantes en Francia que se habían desplazado al país en la época de entreguerras, y que dieron buena acogida al exilio¹⁹–, pero también la “escuela internado”, es decir, aquel espacio que los españoles en tierra ajena disputarían sin mucho éxito a la administración fran-

¹⁵ Exceptuando dos de los que tengo noticia: el Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias (AFHOSA), donde se recogen más de sito en la ciudad de Oviedo, y el Archivo oral *El Exilio español en México*, procedente del INAH de México, y depositado en el Archivo General de la Guerra Civil de Salamanca.

¹⁶ Alted Vigil, Alicia et al., *Los niños de la guerra de España en la Unión Soviética. De la evacuación al retorno (1937-1999)*. Madrid, Fundación Largo Caballero, 1999, 175-210; Alted Vigil, Alicia, *La voz de los vencidos: el exilio republicano de 1939*. Madrid, Santillana, 2005, 391-407; y Josefina Cuesta Bustillo, *Retornos (De exilios y migraciones)*. Madrid, Fundación Largo Caballero, 1999.

¹⁷ Hay una obra del año 1981 que da un buen ejemplo de lo que sentían los jóvenes turistas: “llegas a Andalucía, cuando vas de vacaciones y ves el ambiente cómo está... Nadie encuentra trabajo, los hombres pasan el día en la taberna, ves ese ambiente y no te entran ganas de retornar”. Vigil, M. Dolores y Ariel del Val, Fernando, “Análisis de entrevistas libres a emigrantes y expertos españoles”, en José A. Garmendía (Comp.), *La emigración española en la encrucijada*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1981, 419. Aunque no he podido localizarla, hay otra lectura relacionada con esta situación que describo: Sodigné Lousteau, Jeanine, “L’émigration économique des années 60. La «Seconde génération»”, *Exils et Migrations ibériques au XX. Siècle*, 2 (1995), 127-142.

¹⁸ Muchos así lo hicieron. En el Archivo del PCE de Madrid hay multitud de testimonios sobre estos enfrentamientos, en la Sección “Emigración política”. Carpeta 99.1.6 “Repatriados a España: Informes”: “[...] una amiga [...] le dijo: «si podría volver, lo haría andando, mi madre no hace más que decirme que por qué no me quedé allí»” (Boletín nº 1, folio 7); “el haber regresado se debe fundamentalmente al gran deseo de ver a los padres, pero después de verles si se podría volver no lo dudaría ni un momento” (B. nº 2, f. 4); algunos padres quieren obligar a sus hijos a ir a misa... (B. nº 3, f. 10), y “Muchos padres echan de casa a sus hijos, aquí quieren mucho al dinero y nosotros no lo traemos de Rusia” (B. nº 5, f.7).

¹⁹ Lo estudió Natacha Lillo para el caso de la “Pequeña España” de la Plaine Saint-Denis, al norte del área metropolitana parisina. “Historia y memoria de los españoles de la Plaine Saint-Denis”, en *Un siglo de inmigración española en Francia*, Vigo, Grupo de Comunicación Galicia en el Mundo, 2009, 219-226.

cesa y a su sistema educativo²⁰. A la larga, sin embargo, este cierre en falso que en un principio pudo contar el apoyo de la segunda generación –para quien el país receptor merecía la consideración que le daban los padres en la intimidad del hogar–, pronto se demostró contraproducente en algunos casos. El continuo esperar del “último viaje” y la vida “ligera de equipaje”, que diría Machado, no incentivó precisamente la integración de los exiliados en los países de acogida, y pudo provocar también la reacción negativa de los descendientes de la derrota, si bien es difícil generalizar en una historia que sólo tiene como nexo común el problema que se afronta, y no la respuesta que cada cual pueda darle.

Es adecuado, no obstante, suponer que en función del tipo de herencia que cada núcleo parental dio a los suyos, la experiencia de aquellos, y las distintas fases que atravesaron como infantes, adolescentes, y hombres y mujeres adultos, la segunda generación bien pudo experimentar una clara identificación con los valores de sus mentores tanto como un cierto rechazo a los mismos, pasando por todo tipo de estadios intermedios, alternos, contradictorios o intercambiables. El hecho de que estas líneas entren en el terreno de las suposiciones es sintomático o bien de lo poco que hay estudiado a este respecto o de lo difícil que resulta rastrearlo entre un mar bibliográfico también paradójico: se ha escrito mucho más sobre la España exiliada que sobre la España emigrada²¹; pese a ello, surge la duda de si la segunda generación del primero no ha pasado más desapercibida que la del segundo, como a continuación se verá.

3. LA SEGUNDA GENERACIÓN EN LA EMIGRACIÓN

Como ya ha debido quedar patente por el elevado número de veces que el comportamiento del

emigrante se ha asimilado al del exilio en páginas anteriores, ambas dimensiones tienen muchos puntos en común, como la preocupación de los padres por mantener integrados en la comunidad étnica a los hijos; la ilusión del retorno cercano; la asunción por parte de los hijos del mismo –a pesar de que no sea como tal un retorno pues vuelven donde nunca estuvieron–; o el rechazo a satisfacer el deseo de movilidad que la primera generación proyecta en la segunda, así como la equiparación involuntaria que se hace de España como destino privilegiado de visita, bien en clave nostálgica –la patria perdida para el exilio–, o familiar –un destino de vacaciones donde los padres de la segunda generación emigrante se sienten, al menos en apariencia, más felices y valorados que en sus respectivos países de asiento²².

Exiliados y emigrados también son distintos, coyunturalmente al menos, si atendemos a las circunstancias que suelen discriminar cada tipo migratorio: el emigrado puede padecer una situación económica angustiosa o desesperada, pero se entenderá que su supervivencia no se ve conminada ante un riesgo tan evidente como el que supone la persecución política o la misma guerra, si hablamos de refugiados –cosa que no haremos, porque suelen regresar a su patria antes de criar una segunda generación–. A la hora de la verdad, en cambio, es mucho más difícil diferenciar qué es económico y qué político, en la medida en que entre ambos conceptos termina produciéndose una cierta complementariedad: las reivindicaciones políticas del exiliado pueden conectar con la lucha por los derechos de los emigrantes que estos desarrollan, lo que a la postre adquiere también una significación política²³. Esta circularidad entre ambas facetas que parece tan lógica ha tardado mucho en asentarse en el panorama de los estudios de, digámoslo así, los desplazamientos forzados. ¿En base a qué? En parte

²⁰ Lo de la “escuela invernadero” lo cita Rose Duroux en su capítulo dentro de la obra de Cuesta Bustillo: “El retorno y sus retóricas”, en Josefina Cuesta Bustillo, *Retornos*, op. cit., 139.

²¹ A esta conclusión llegaba Natacha Lillo tras componer un estado de la cuestión comparativo entre ambos campos de estudio. “La emigración española a Francia a lo largo del siglo XX: una historia que queda por profundizar”, *Migraciones y Exilios*, 7 (2006), 159-180.

²² En esta línea se ha señalado que el retorno a un suelo con el que se comparten raíces familiares o simbólicas puede favorecer el proceso de construcción de la identidad, aunque el desenlace de este proceso sea impredecible. Esto hace que los hijos muchas veces emprendan, o vivan queriendo emprender, el proyecto migratorio de sus padres. “Si tengo dudas sobre quién soy, puedo intentar resolverlas viviendo durante una temporada en España”, afirma hipotéticamente Laura Oso en “Volver a nacer”, op. cit., 151.

²³ Y no sólo porque esa sea la intención originaria, sino porque puede derivarse de la lectura que haga un régimen poco dispuesto a tolerar cualquier tipo de contestación o crítica, por muy tácita que pueda ser. Sobre esta alternancia y el protagonismo de la mujer emigrante: Fernández Asperilla, Ana, *Mujeres, emigración española y asociacionismo étnico (París en la segunda mitad del siglo XX)*, Madrid, Fundación 1º de Mayo, 2006.

siguiendo la estela marcada por algunos de los propios protagonistas históricos del exilio, que habían criticado duramente la anemia política de sus compatriotas emigrantes; en parte por la necesidad más aparente que real de establecer sólidas definiciones de lo que era un modelo u otro, la dicotomía entre quienes salían de España para enriquecerse y quienes lo hacían por principios había llegado a asentarse en nuestro imaginario colectivo sin mayor cuestionamiento.

Afortunadamente, en la última década la crítica histórica ha desmontado ciertas ideas preconcebidas a este respecto; primero señalando el descompás que había en las vías de socialización que proponía el exilio politizado a sus coterráneos, a menudo endogámicas o miopes²⁴; y segundo profundizando en el estudio de los “aprendizajes políticos” que afrontaban los emigrantes al salir de casa, entendiendo por tales los procesos de “re-socialización que [...] les permiten adaptarse y atender activamente a los nuevos contextos sociopolíticos con los que se enfrentan”²⁵. Huelga decir que veinticinco años atrás otro autor que había estudiado el retorno de emigrantes andaluces y portugueses ya apuntaba unas conclusiones semejantes²⁶.

Volviendo al tema del conflicto intergeneracional, este surge también por divergencias de expectativas entre padres e hijos a nivel tanto socio-profesional como identitario. Para los padres que

por ejemplo salieron de España en la última gran oleada migratoria –conocida como la de los “Treinta Gloriosos” en el caso francés²⁷–, el país de acogida era concebido como un lugar de paso al que se iba en busca de un porvenir que pudiera luego trasplantarse a España, bien en forma de ahorros o de capacitación técnica. Sólo el tiempo y las privaciones, o bien en algunos casos los éxitos alcanzados, hacían de ese destino temporal un hogar permanente o semi-estable, en el que se terminaba por engendrar hijos o realizar la consiguiente reagrupación familiar –lo que tampoco significa que el conjunto de la emigración estuviese constituida por hombres solteros²⁸–. Algo muy distinto sucedía para sus hijos en el momento en el que los años de infancia iban inclinando la balanza hacia el lado del país receptor.

Es decir, bien fuera porque los jóvenes se beneficiaron de políticas activas de asimilación –caso de la escuela francesa hasta los años setenta–, bien porque la integración fuera muy exigente en términos lingüísticos –caso de Suiza o Alemania–, demandando por tanto un mayor sacrificio y un cierto no mirar atrás²⁹, se incrementaban las posibilidades de que la segunda generación se hibridase de manera descompensada, tendiendo más a adoptar los comportamientos, actitudes y por supuesto idiomas de las sociedades donde habitaban. No es que esto ofendiera necesariamente a sus progenito-

²⁴ D’angelo, Michelle, “Como ciegos en plena calle. El exilio socialista frente a la emigración en Francia”, *Historia del Presente*, 20 (2012), 107-118.

²⁵ Latorre Catalán, Marta, “Ciudadanos en democracia ajena: aprendizajes políticos de la emigración de retorno española en Alemania durante el Franquismo”, *Migraciones y Exilios*, 7 (2006), 94.

²⁶ “Los emigrantes andaluces han experimentado en el extranjero que su tiempo y su trabajo son valiosos y, en este proceso, han adquirido una nueva conciencia social en la que un puesto de trabajo permanente se considera como un derecho político”. Gregory, David D., “El retorno de los emigrantes a Andalucía y el Algarve. Algunas observaciones sobre el papel de los retornados en Andalucía” en José Cazorla Pérez (Coord.), *Emigración y retorno. Una perspectiva europea*, IEE, Madrid, 1981, 184.

²⁷ Lorenzo Delgado calcula que las dos décadas que van entre 1946 y 1968 la colonia española en Francia había pasado de 302.000 personas a más de 600.000, “situándose a la cabeza de las colectividades de origen extranjero”, para reducirse luego el flujo de llegadas a raíz de la crisis del petróleo de 1973 y contabilizarse, hasta 1982, más de 100.000 bajas por retorno y cerca de 200.000 entre naturalizaciones y defunciones. Vemos así como desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la llegada del PSOE el flujo de emigrantes en Francia trazó una importante fluctuación. Gómez-Escalonilla, Lorenzo Delgado, “Inmigración, educación, integración. La última oleada de españoles en Francia” en *Un siglo de inmigración española en Francia*, Vigo, Grupo de Comunicación Galicia en el Mundo, 2009, 163 y 175.

²⁸ La inmigración específica de mujeres españolas cuenta desde hace mucho tiempo con estudios específicos. Vid: Bussy Genevois, Danièle, “Femmes en mouvement : remarques sur les Espagnoles », *Exils et Migrations ibériques*, 2 (1995), 117-127.

²⁹ Arrojo esta valoración al calor de la lectura del caso de los países de habla germana, donde los niños solían acabar prefiriendo que se hablase alemán en casa, algo que los padres no siempre podían o querían satisfacer. Sobre la hibridación se nos dice: “se nota que son hijos de sus padres en las caras, pero hasta en los movimientos son como los suizos”. Vigil, M. Dolores y Ariel del Val, Fernando, “Análisis de entrevistas”, op. cit., 396.

res. De hecho, en muchas ocasiones sucedía todo lo contrario, porque como argumenta Ana Fernández Asperilla, para muchos padres el “que los hijos hayan cursado estudios universitarios se ha convertido en la forma de legitimar los sacrificios vividos”³⁰. El problema nacía en el momento en el que los esfuerzos formativos y personales de la segunda generación no se veían correspondidos al reproducirse en ellos la condición de emigrante de sus padres –hecho vivido a veces como una traición³¹–, lo que de nuevo tampoco implica que tales inercias se dieran siempre.

Paralelamente, la primera generación se esforzaba porque el sacrificio propio y de los hijos, tanto si se traducía como si no en un ascenso social, no resultase en la pérdida completa de las raíces para estos últimos. De aquí que el asociacionismo étnico pronto se volcara en una labor organizativa y reivindicativa, donde todas las instituciones y plataformas asistenciales que disputaban su tutela – la Iglesia, los partidos y sindicatos así como la propia administración española – eran a su vez interpeladas por él. La petición era unísona y puede resumirse en una demanda de atención hacia la segunda generación, como a continuación se desarrollará.

4. LA SEGUNDA GENERACIÓN EN EL TINTERO

La segunda generación fue un asunto que ocupó, con mayor o menor tardanza, la agenda de todas y cada una de las formaciones políticas o poderes fácticos que de algún modo tenían voz y voto

entre las filas de la emigración, o bien de la administración. A continuación se refieren a modo de ejemplo el caso de dos corpus documentales: el Centro de Documentación de la Emigración Española en Europa, fondo incorporado a la Fundación Primero de Mayo de Madrid; y los fondos que del Instituto Español de Emigración –IEE– se conservan en la Secretaría General de Inmigración y Emigración, también en Madrid³². Para seguir el rastro que dejó la segunda generación en otras formaciones por ahora sólo dispongo de leves señales³³.

La principal información que brindan estos dos archivos –o las porciones de ellos que yo he podido consultar–, se organiza en dos modalidades diferenciadas: o bien se trata de informes que versan sobre la segunda generación, y en este sentido sirven ora de balance de encuentros previos ora de estudios monográficos relativos a esta temática, o bien de encuestas preparadas para ser respondidas por los interesados: asociaciones, emigrantes o hijos de emigrantes. Los primeros documentos han sido generados para consumirse internamente mientras que los segundos para aplicarse externamente, y dado que en este caso no hay apenas rastros sobre su resultado –el de las encuestas–, su interés se ve reducido. A pesar de ellos, informes y encuestas contribuyen, si no a despejar la incógnita sobre la segunda generación y su conflictiva razón de ser, sí a dar buena cuenta de la visión que se hacían sobre el problema los organismos mencionados, y con ellos, buen parte de las filas del sindicalismo y el funcionariado entre los años 1975 y 1985, pues son esta es la horquilla cronológica que componen.

³⁰ “Estrategias migratorias. Notas a partir del proceso de la emigración española en Europa (1959-2000)”, *Migraciones y Exilios*, 1 (2000), 71.

³¹ Un testimonio anónimo de la emigración española en Suiza definía muy bien todo lo que venimos explicando hasta el momento: “lo que está es que la escuela suiza secuestra a los hijos de los emigrantes para educarlos en ella. Y luego no adquiere con ellos responsabilidad por este secuestro”. Vigil, M. Dolores y Ariel del Val, Fernando, “Análisis de entrevistas”, op. cit., 396.

³² De ahora en adelante CDEEE y SGIE, respectivamente. Para conocer más sobre el IEE, vid: Fernández Vincente, M^a José et al., *Historia del Instituto español de emigración*. Madrid, Ministerio de Trabajo e Inmigración, 2009.

³³ Para el PSOE, el ya citado D’angelo, Michelle, “Como ciegos”, op. cit., 107-119 y el siguiente artículo: Martínez Cobo, José, “El PSOE en Toulouse y en el Mediodía de Francia”, en Alicia Alted y Lucien Domergue, *El exilio republicano español en Toulouse, 1939-1999*. Madrid, Presses universitaires du Mirail, 2003, 93-111. Para el caso de la Iglesia católica y sus representantes: González, Aubin, “Del conformismo al distanciamiento: los grupos católicos españoles en Francia (1950-1975)”, Comunicación defendida en el IV Encuentro de Jóvenes Investigadores de Historia Contemporánea de Valencia, 2013, 1-15. Por la parte archivística sería de obligado paso la visita a la Fundación Largo Caballero y sus fondos relativos a la UGT. En cuanto a la Fundación Pablo Iglesias, a raíz de una cata semanal que realicé encontré sólo minúsculas menciones al problema, como la lectura que hacía la federación socialista española en Holanda sobre la segunda generación (“Esos niños que crecieron en la emigración olvidados por todos y que hoy con 18, o 20 años ambulan sin identidad propia”), posiblemente exagerada. Informe del 11 de marzo de 1980. Archivo del PSOE Agrupación Socialista de París (Francia) (1944-2010), Asuntos del Consejo General de la Emigración: C1101-D36, folios 76-79.

Comenzando por el primero de los informes –emitido en junio de 1981–, se ofrece el cálculo de que en la Europa del momento se contabilizan cuatro millones cien mil integrantes de la segunda generación –en este caso suman aquí nacidos en el país receptor y llegados siendo niños–, de los cuales 365.000 tienen menos de veinticinco años: 220.000 en Francia, 60.000 en Alemania, 36.000 en Suiza, 20.000 en Bélgica y la misma cifra en Reino Unido, así como 12.000 en Holanda³⁴. Aunque en ningún caso hay españoles en este recuento, el documento es interesante porque establece un marco referencial que nos interesa: “El concepto de segunda generación ha empezado a utilizarse generalizadamente muy recientemente [...], al crearse una nueva situación no prevista”³⁵, subraya, aunque reconoce que el término ya existía en una variante más estática, pues no definía un problema sino un “determinismo”: el de quienes, naciendo en un país extranjero, se integraban en él³⁶. Por lo demás, subrayaba lo que ya se ha expuesto, que la segunda generación sufría una exclusión escolar, profesional y laboral, y que la equiparación en derechos civiles y políticos era necesaria para su integración.

Lo curioso, llegados a este punto, es que sólo hacían responsables de la “crisis de identidad” a estos factores, dando por tanto a entender que un convenio igualador en tal sentido lo solucionaría todo. Es decir, y en la línea de esa definición que se ofrece líneas arriba: si las segundas generaciones existen de manera diferenciada y sostenida en el tiempo es porque las leyes no hacen lo suficiente por su integración; si estas fueran equitativas, los

jóvenes dejarían de sentirse excluidos y se integrarían, no diferenciándose a partir de entonces de los naturales en nada significativo.

Esta visión, en efecto determinista y limitada, se amplía sensiblemente en nuestro siguiente informe, tres años posterior³⁷. Para empezar se asumía la responsabilidad de haber tomado cartas en el asunto con veinte años de retraso³⁸, y acto seguido, se consideraban una serie de aproximaciones teóricas al problema de la segunda generación mucho más abiertas que las del anterior dossier. De entre estas perspectivas destaca la de Han Entzinger, que sólo puedo resumir aquí³⁹.

Entzinger critica el pesimismo preconcebido que se desliza en la definición habitual para la segunda generación –que se resume con la fórmula “ni de aquí ni de allá”–, aunque sí admite que es frecuente que se produzcan en sus filas problemas identitarios que derivan en conflictos de cara a sendas comunidades, la de acogida y la étnica. Para él, no obstante, esos inconvenientes son la mayor parte de las veces superados, en tanto que las identidades que afectan a los jóvenes para él no se definen en términos culturales sino estructurales. Esto es, no vienen determinadas por un paquete cerrado de lengua y costumbres que se estampa contra otro totalmente distinto, sino que existe una pluralidad de matices entre ambos donde, también a partir de la aportación de la cultura de masas –la más que incipiente globalización–, puede hallar refugio la segunda generación⁴⁰. Ya no se trataría por tanto de elegir entre ser “de allí” o ser “de allá”, sino que, tras momentos de indecisión, duda y ciertos retrocesos, muchos jóvenes

³⁴ CDEEE: Fondo de la Antigua Secretaría Confederal de Emigración de CCOO – ASCE, en adelante –, “Estudio sobre la segunda generación migrante en Europa Occidental”, 27-05, 17 hojas.

³⁵ La situación no prevista se correspondería al efecto que produjo la crisis petrolífera de los años 70 que convirtió el fenómeno migratorio de un flujo temporal a una masa permanente, dificultando el retorno.

³⁶ A mi juicio esta advertencia, tan categórica como parece, pues no resulta creíble que antes de la crisis la existencia de la segunda generación fuera un limbo, sugiere más que lo que no existía antes era la voluntad o la posibilidad de percibir este problema y actuar sobre él.

³⁷ CDEEE-ASCE: “Documentos de la reunión tripartita sobre la reinserción de los migrantes de la segunda generación en caso de retorno voluntario, organizado por la OIT y celebrado en Belgrado del 17 al 19 de octubre de 1984”, 14-15, 155 hojas.

³⁸ “Al cabo de este tiempo nos encontramos que existe no solamente la segunda generación emigrante, sino también la tercera”, se llega a afirmar.

³⁹ Su propuesta lleva por título: “Politiques de retour dans les pays d’Europe occidentale et leurs implications pour les migrants de la deuxième génération : coopération entre les pays d’origine et les pays d’emploi dans le domaine de l’assistance à la réinsertion des migrants de la deuxième génération”.

⁴⁰ El análisis que traza Entzinger es mucho más complejo y extenso, pero dado que poseo información fragmentaria del mismo, pues no lo fotocopié completo, y afloran aquí estrecheces espaciales, espero que se consienta la simpleza con la que lo he expuesto.

conseguirían hacer pie en el abismo que separa tales extremos⁴¹.

El tercer y último informe, en este caso realizado en 1985 desde el IEE, contribuye a explorar esta tercera vía⁴². A partir de 800 cuestionarios cumplimentados entre jóvenes de entre dieciocho y veinticinco años, se plantea el problema de la segunda generación –entendido tanto como problema de adaptación en la línea de la inserción y ascenso socio-profesional en el país receptor, como de reintegración en el caso de retorno al país emisor– como un problema de modelos enfrentados. Por un lado el modelo de marginación puesto en práctica por las políticas estatales y más o menos asumido por la primera generación, o lo que es lo mismo: pasar provisionalmente por el país y contribuir, en clara desventaja, como mano de obra barata en aquel; y por otro el modelo de integración, el que los países dosifican y ante la crisis evitan, forzando el retorno, pues de modo contrario ya no podrían mantener una población autóctona privilegiada.

Ante este juego de pinzas la segunda generación en teoría sólo encontraría dos salidas: o bien admitir la marginación que se le impone –“mantenimiento de los lazos con el origen español y el abundamiento de la diferencia con respecto al autóctono”–, teniendo como “salida imaginaria” el retorno; o bien se entrega a la integración –“mediante la negación del origen español y de toda diferencia con respecto al autóctono”–, teniendo como “salida imaginaria” la inserción laboral fuera del círculo emigrante. Es aquí cuando el texto se vuelve más interesante, pues señala que en medio de este dilema, donde la segunda genera-

ción arrostra bien el regreso y el abandono de toda expectativa de mejora, bien la posibilidad del fracaso y del conflicto encendido con sus padres, algunos colectivos muestran una estrategia intermedia, conocida como “estrategia de simulación”, que no es sino la suma de las dos anteriores en la forma de una negociación⁴³.

Acabamos de topar con una respuesta obvia, desde el punto de vista del sentido común, pero que resulta de sumo interés por el hecho de haber aparecido entre la documentación de la época –y no en la pluma de un colega investigador, en la forma de una hipótesis–, y aunque lo que se teoriza no define la realidad, la realidad sí que puede verse reflejada en un buen planteamiento teórico, y como este se basa en cientos y cientos de cuestionarios, puede decirse que se va haciendo más y más consistente. Hablando de cuestionarios, por cierto, aún quiero presentar casi a modo de curiosidad algunas claves sobre el tipo de encuestas que se hacían en estos años y lo que se preguntaba en ellas. Está claro, que lograr la posibilidad de trabajar con un número representativo de ellas nos haría avanzar notoriamente en el estudio de la segunda generación como problema, pero esa es un horizonte todavía por expandir.

5. LA SEGUNDA GENERACIÓN COMO INTERLOCUTORA

Para el tracto cronológico mencionado líneas arriba –1975-1985– aparecen desperdigadas por carpetas documentales diversas fichas de cuestionarios y respuestas, aunque ya se ha advertido que son más frecuentes las unas que las otras⁴⁴.

⁴¹ La retórica del “ni de aquí ni de allá” es utilizada también por un artículo de opinión que aparece en el número 1279 de “La Región” que lleva por título “No soy de aquí ni soy de allá”, donde se responsabiliza a “la falta de radicación o asentamiento” de que muchos jóvenes se sientan divididos y “cuando van de vacaciones –dicen– se sienten extraños en la patria de sus mayores. Aquí creen tener más raíces, aunque tampoco es exactamente cierto que se sientan franceses”. “La Región”, 8-10 de mayo de 1978. CDEEE: La emigración española en Francia desde principios de siglo (1900-1995), 92-02, 19 hojas.

⁴² SGIE: Mancho, Santiago, *Análisis de la problemática ligada a la inserción profesional de la segunda generación de emigrantes españoles*. IEE, 1985, 1-125.

⁴³ “El joven puede actuar con los beneficios de la integración salvaguardándose de sus inconvenientes; y viceversa; puede intentar salir del círculo vicioso de la marginación sin romper por completo con el círculo social y familiar de origen”, siendo el bilingüismo una buena forma de sacar partido a esta estrategia, pues permite mantenerla sin comprometer la identidad y es además útil profesionalmente hablando tanto en España como en el país de recepción. Mancho, Santiago, *Análisis de la problemática*, op. cit. 23.

⁴⁴ Estas carpetas conforman el fondo CDEEE-ASCE y el CDEEE - Federación de Asociaciones de Emigrantes Españoles en Francia –FAEEF en adelante–. Las entrevistas que me interesan: para el primer fondo: “Encuesta a las asociaciones y centros españoles en Europa elaborada por la OIT para preparar el congreso que se celebró en Granda y cuyo tema central era la segunda generación de emigrantes”, 02-05, 6 hojas; y para el segundo: “Encuesta a jóvenes emigrantes españoles”, 50-07, 19 hojas.

Ambos grupos de encuestas –las de la OIT y la FAEFF– establecen un diálogo interesante entre las asociaciones emigrantes españolas y los miembros de la segunda generación. De algún modo lo que hacen es preguntarles sobre la valoración mutua que se merecían, o lo que es lo mismo, la OIT cuestiona a las asociaciones qué clase de espacios, actividades e intereses plantea o promueve entre los hijos de la colonia española, y a esta la FAEFF le solicitaba en correspondencia información sobre el tipo de espacios, actividades e intereses que tiene o no tiene a su disposición. En ambos casos OIT y FAEFF funcionan con un modelo similar de preguntas tipo test donde los aludidos eligen la respuesta que más se ajusten a su situación, y otras algo más profundas donde se solicita que la respuesta se razone⁴⁵. Por supuesto, el hecho de sólo poder leer las preguntas, sin considerar las respuestas, frustra nuestros intentos de dar voz a los aludidos por la consulta.

Más interesante resulta aún un caso aislado que aparece tras las encuestas de la FAEFF –sin ser una de ellas– en el que una niña de quince años, hija de emigrantes establecidos en Francia cuando ella tenía entre seis y doce años –no puedo precisar más –, responde un cuestionario cuyo origen ignora, y cuya extensión deja en ridículo a los anteriores. Estamos hablando de folios y folios de preguntas desplegadas que afectan a todas las facetas de la vida posibles: estudios, trabajo, ocio, familia, política, religión, sexualidad, visión de España, de Francia, del retorno, de la integración y de la auto-percepción, entre otras muchas cosas. Pues bien, este caso concreto, que como tal no tiene ninguna representatividad, es más interesante de nuevo por lo que se pregunta que por las respuestas que pueda dar la entrevista.

En cualquier caso, he aquí un resumen de lo fundamental desde el punto de vista del presente texto: a *ella* le gustaría volver a España por sus costumbres/ en la organización de su tiempo libre interviene su familia/ sus padres hablan únicamente español, aunque ella lo alterna con el francés al tratar con ellos y con sus hermanos/ prefiere un

chico español para casarse/ sus padres se llevarían un disgusto si no fuera así/ ni lee prensa ni le interesa la política/ no responde a la pregunta sobre si es fácil relacionarse con los franceses fuera del trabajo, ni si acude a manifestaciones, ni sobre asociaciones, ni si se considera como francesa o quiere naturalizarse o si la estadía en Francia la ha ayudado como persona, tampoco conoce la legislación francesa ni los derechos que concede, ni se pronuncia sobre si estas leyes favorecen a los emigrantes en cuanto a trabajo, vivienda, enseñanza, familia y economía. Por último, de España ni sabe ni quiere saber, y como extra, la pregunta estrella número ciento veintinueve en torno a las discusiones con la familia:

“¿Por qué crees que se organizan esas discusiones?” Respuestas tipo: a) Por falta de formación de mis padres; b) Porque estoy pasando un mal momento; c) porque mis padres tienen una mentalidad de hace 30 años; d) porque mis padres no se han adaptado a la vida francesa –marcada por ella–; e) porque no nos entendemos, distinto carácter; f) por dificultades económicas y e) por culpa de mis hermanos.

CONCLUSIONES

Habida cuenta de la gran cantidad de frentes abiertos en estas páginas y del prejuicio que han podido ocasionar posibles referencias bibliográficas de obligada lectura aquí omitidas, es cierto que es difícil establecer unas conclusiones suficientemente sólidas al respecto del problema de la segunda generación y su posible relación conflictiva de cara a progenitores y sociedades de acogida. Aceptado esto, también es cierto que se pueden recuperar una serie de hipótesis de interés para orientar futuras líneas de trabajo. En concreto se subrayarían tres:

La propuesta inicial de plantear el estudio de la segunda generación, cualesquiera sea y en un escenario u otro, desde la perspectiva del conflicto. Esta hipótesis surge de la constatación de que por lo general los testimonios que sobre el exilio se ofrecen –y las narrativas que emplean los mismos que

⁴⁵ Algunas de las preguntas que me parecen más interesantes planteadas a hijos de emigrantes:

- ¿Cómo ves tu pertenencia a una cultura determinada? Me considero más francés que español/ me considero más español que francés/ me considero francés y español por igual.
- ¿Qué piensas del hecho de tener una doble cultura? Es algo muy positivo y valorizante/ es más bien negativo/ Otra. Explica tu respuesta.
- ¿Te gustaría vivir en España? S/N. Explica tu respuesta.
- ¿Te sientes o te consideras extranjero cuando vas a España? S/N. Explica tu respuesta.

los estudian—, suelen dar por buena la idea de que los descendientes de tales sagas se convierten de manera inopinada en fervientes consumidores de los relatos que las componen. Describiendo el sufrimiento y el martirologio de los padres sin mentar a los hijos, se consigue que pensemos que son prolongaciones de aquellos. Por otra parte, sería antinatural pensar que a su llegada a Ítaca a Odiseo no lo recibe Telémaco con los brazos abiertos, pero eso no significa que debamos ignorar las posibles disrupciones que se derivan de este proceso a caballo entre el reconocimiento y el extrañamiento.

En esta línea, el presente artículo sostendría que la realidad de décadas de exilio no cabe en ningún sudario que tejan los poetas, sean estos los propios desterrados o sus cronistas. Por otra parte, sin abordar directamente a los implicados —en este caso los hijos de la segunda generación—, es muy difícil preguntar a documentos y libros sobre si han sido testigos de algún tipo de conflicto en especial. Este, a lo sumo, se infiere de casos puntuales o se deduce del conjunto. Lo mismo sucede con la emigración, que como ya se ha indicado en estas hojas se considera meritoria compañera de cara al exilio y los restantes casos de desplazamientos forzosos. El inconveniente aquí nace de una complejidad señalada por multitud de autores y testigos, que los exilios y las experiencias migratorias son tan íntimas como la vida misma de cada cual, de modo que cualquier tipo no ya de generalización, sino casi de afirmación colectiva, queda sujeta a incontables excepciones. Quizá se pueda, eso sí, trabajar sobre supuestos extraídos de casos definidos, en cuyo caso hablaríamos de tres constataciones a modo de conclusión:

Primera: que el conflicto tuvo dos caras; una coyuntural, reflejada en las condiciones que en cada tiempo y lugar se dieron con respecto a la acogida de exiliados y emigrantes; y otra introspectiva, reservada al modo de ser de cada uno y, dentro del ámbito familiar, al modo de ser de aquellos con los que se comparte pena —la del exilio, más antigua y sentida, y la de la emigración, ni un ápice menos legítima—.

Segunda: que ambas caras interactuaron entre sí provocando acentuando o atenuando el conflicto. En el caso de confrontar coyuntura versus in-

trospección, por ejemplo, la primera etapa del exilio y la emigración pudo suponer una experiencia más traumática que la segunda, dado que en un escenario los exiliados pasaron de —creer— tener a España al alcance de la mano a perderla durante décadas, y en el otro los emigrados vivieron un endurecimiento progresivo de las condiciones de vida en los países destino, donde las tuercas se apretaban primero sobre ellos y luego sobre sus hijos. En el caso contrario, examinando lo introspectivo de cada caso frente a la coyuntura de su entorno, vuelve a ser decisiva la forma de ser de cada uno, siendo posible que diferentes exiliados, emigrantes e hijos de ambos, encontrasen márgenes de satisfacción y felicidad hasta cierto punto independientes con respecto al tipo de pérdida arrostrada.

Así, sería posible que algunos se aproximaran al ideal que propone Cicerón en su “Paradoja de los estoicos”, cuando señala que el dolor por cuanto queda atrás puede atenuarse ante la posibilidad de empezar de nuevo, si uno hace borrón y cuenta nueva⁴⁶. El refugio en la escritura y la militancia, el encontrar y construir una cultura propia —“la estrategia de simulación”—, permitieron cotas de negociación o superación del conflicto intergeneracional, que en definitiva suele ir acompañado del conflicto interno y del conflicto con el medio en que uno se desarrolla.

Tercera: que la segunda generación como denominación y problema implica la consideración de un pasado traumático, o cuanto menos tenso, al que los hijos llegan nada más nacer: el de sus propios padres. Un trauma o un dolor, como se prefiera, que es a la vez responsable de que se fuerce la capacidad de asimilación memorística de los hijos o de que se sublime —desear o rechazar el retorno, abrazar o renegar una determinada identidad, incorporar o prescindir del legado personal de otros en la construcción de la personalidad propia—, y cuya ausencia diluye el acento generacional de todo el conjunto. Y es que padres, hijos, conflictos y sufrimientos “ordinarios” los hay en cualquier sociedad, en cualquier época, y en cualquier señal de humanidad, lo que no significa que por ello tengamos que ignorar esta constante que es, además, taxativamente influyente en el caso que nos ocupa.

⁴⁶ *Nam omnia mecum porto mea*, “llevo conmigo todas mis cosas”. Cicerón, *Paradoja Stoicorum*, I, 8.